

La política de las mujeres que la leyenda oculta María-Milagros Rivera Garretas

Como dice el subtítulo del libro que presentamos hoy, la reina Juana I no estaba loca, y menos –añado– de amor por su marido, que la humilló, la maltrató, la secuestró, la torturó y le fue infiel mientras vivió. Que no estaba loca lo testimonia casi de viva voz uno de sus pretendientes más persistentes, el rey Enrique VII de Inglaterra, fundador de la dinastía Tudor, que la conoció en 1505/1506. Escribió: “Quando yo la vy, muy bien me pareció, y con buena manera y contenenca hablaba, y no perdiendo punto de su autorydad; y aunque su marydo y los que venían con él la hazyan loca, yo no la vy syno cuerda.”

Lo que pasó es que la reina Juana I tuvo un proyecto político femenino que efectivamente ejecutó, un proyecto que afectaba a la estructura misma del Estado. Era un proyecto en parte original suyo y en parte deudor de una genealogía femenina en la que estaba, en primer lugar, su madre Isabel I de Castilla y, en segundo, su predecesora del siglo XIII la reina Berenguela I, llamada la Grande, que negoció pacíficamente con Teresa de Portugal la unión de León y Castilla; y, antes, las llamadas “infanzonas reinas” de la monarquía leonesa. Es, en mi opinión, la acción política de Juana I lo que ha intentado tapar durante siglos la leyenda de su “locura de amor”. También porque en su acción política fue muy importante el amor, pero no al hombre sino a “todas las gentes”, como dijo ella misma al comienzo de un discurso decisivo de su vida, el que pronunció ante la Santa Junta de los Comuneros de Castilla reunida en Tordesillas en 1520: “Yo tengo mucho amor a todas las gentes y pesárame mucho de cualquier daño o mal que hayan recibido,” dijo. Todavía hoy creo que nos gustaría que alguien profesional de la política hablara así.

Pero no es esto lo que cuentan los libros de historia ni las muchas obras de teatro, ópera, pintura, danza o escultura inspiradas por Juana, ni es tampoco lo que sugiere la gente que repite sin pensar el apelativo tremendo de “la Loca”. En el libro que presentamos encontraréis, si podéis leerlo, algunas claves de la otra historia de Juana I: encontraréis la historia que se esconde detrás de las leyendas patriarcales, y que, esta sí, es una historia de libertad femenina entendida como libertad en relación, no de locura.

El proyecto político que Juana I heredó de sus antepasadas está muy vinculado con la idea misma de España. Fue el de unir reinos de la Península Ibérica mediante un método femenino consistente en la negociación y las alianzas familiares, no la guerra. Para una mujer, el unir territorios sin guerras es o puede ser un proceso político civilizador. El hacerlo con guerras es considerado, justamente, imperialista. ¿Por qué? Porque aparte de que las guerras destruyen en primer lugar la obra de la madre, que son cuerpos que hablan y relaciones primarias, muchas mujeres y algunos hombres sabemos que la fuerza nadie la posee realmente sino que, más bien, antes o después, todas y todos somos poseídos por la fuerza, si la usamos. La filósofa Simone Weil lo explicó estudiando el poema del patriarcado *La Iliada*: concluyó que el poder degrada a quien lo sufre, sí, y degrada también a quien lo ejerce, porque el uso de la fuerza petrifica, destrozando la vida del espíritu. La leyenda de la “locura de amor” tapa también precisamente que Juana I fue la primera reina o rey de España, sin guerras.

La parte del proyecto político de Juana I en la que ella actuó con más potencia y originalidad fue lo que llamo en el libro la “monarquía en relación”. La monarquía en relación es una invención política femenina medieval. Ahora, una vez terminado el

patriarcado, podemos reconocer el gran valor civilizador de esta idea, la idea de gobernar en relación, independientemente de si a ello se le llama biarquía, república-reprivada, asamblea o consejo de administración.

Mucho de la leyenda de la “locura de amor” fue contra esta invención política. La leyenda sabemos que fue montada por el padre y el marido de Juana I a principios del siglo XVI, cuando Juana se convirtió inesperadamente en heredera única de los reinos de su madre y de su padre. La inventaron para desprestigiarla como mujer y, sobre todo, para presionar a su madre, Isabel la Católica, de modo que desconfiara de su hija y cediera la regencia de Castilla al padre y al marido de Juana. Isabel no cedió, y el marido moriría dos años después de Isabel, a consecuencia del famoso vaso de agua fría bebido al terminar un partido de pelota. La leyenda siguió, engrandecida por el patriarcado y por artistas que reconocieron en ella un nudo de la historia; y engrandecida, también, por la propia reina Juana I, que depositó en la leyenda el mensaje y la difusión de su plan de acción.

Las leyendas tapan y a la vez transmiten una verdad que en ese momento o circunstancia no es decible o no sin alto riesgo. Así pasó, por ejemplo, en la Antigüedad con Hipatia de Alejandría, la gran científica helenística asesinada por monjes cristianos en el siglo IV, que transmitió su verdad durante siglos (inspirando mil años después a Juana de Arco) a través de dos santas de cobertura, santa Margarita de Antioquía, famosa por su belleza, cuyo nombre significa perla, y santa Catalina de Alejandría, famosa por su sabiduría.

A Juana I, la leyenda le vino bien para mantener viva la llama y que la gente, sin decirlo, entendiera su acción política. Su plan era mantener el cadáver de su marido sin enterrar todo el tiempo posible, sepultarlo en la catedral de Granada al lado de su madre Isabel la Católica, y ganar tiempo para que su hijo Carlos creciera y gobernara con ella.

Para ello llevó a cabo la famosa *performance* con el cadáver de su marido. Lo desenterró de su tumba en la Cartuja de Miraflores y lo llevó ceremoniosamente, de noche y en invierno para que se descompusiera menos, entre velas, cánticos, aristócratas fieles, amigas y hombres armados, en lenta procesión a pie camino de Granada. El tener el cadáver insepulto garantizaba a Juana, por ley, que no se podía volver a casar. El enterrarlo junto a su madre garantizaba sus propios derechos y los de sus descendientes a la Corona de Castilla. Y mantenía a raya las ambiciones de su padre Fernando el Católico, que quería ser regente de Castilla porque era hombre, tanto que intentó generar un hijo para impedir que Juana reinara en Aragón, reino del que había sido declarada heredera por las Cortes, apoyadas por su madre. La *performance* de Juana duró casi 19 años en total, con paradas para que diera a luz a su hija póstuma, Catalina, en una primera etapa de tres años (1506-1509), y luego con un parón en Tordesillas con el ataúd confiado a la custodia de las clarisas del convento contiguo al palacio real de Juana en Tordesillas, hasta que, resuelta la situación, fue finalmente enterrado en la catedral de Granada en 1525. La *performance* de Juana no fue fácil porque el padre, que entendió que la ocasión de suplantarla se le escapaba de las manos intentó, enfurecido, hacerse con el cadáver, llegando a secuestrar al hijo pequeño de Juana, Fernando, supongo que para canjearlo por el muerto, mientras ella seguía su camino impertérrita, metiendo de vez en cuando la mano en el ataúd para cerciorarse de que el cadáver seguía allí. El padre describió por entonces a Juana como muy difícil de “traer” –dice– “a lo que el hombre quiere”. Al menos su política sexual, él la tenía clara.

La reina Juana I no hizo el arriesgado espectáculo de trasladar el cadáver de su marido desde Burgos hasta Granada solo para seguir viuda y para defender los derechos

sucesorios de sus descendientes, que no era poco. Lo hizo también para escenificar y dar a conocer su propio pensamiento político sobre la monarquía. Mientras los nobles y los burgueses de Europa tomaban violentamente el camino del individualismo y del absolutismo modernos, ella reforzó la noción medieval de libertad femenina, entendida como libertad relacional, no individualista, y de una monarquía no absoluta sino en relación, que amortiguara la prepotencia del poder y de la fuerza. La monarquía en relación hace o puede hacer que el amor entre en política, dándole un lugar eminente en la cima de la organización del Estado. Fue aquí donde Juana I chocó frontalmente con el patriarcado moderno, que quería a un hombre, y solo, en la cúspide del poder. A la reina Juana le apoyaron en el siglo XVI sobre todo los y las comunes, que llaman comuneros, hostiles a la monarquía absoluta porque querían una política en la que el poder estuviera más repartido y las decisiones se tomaran de común acuerdo. Es un buen contraste con la confusión que tenemos desde hace tiempo entre el poder y la política, que son dos cosas muy distintas.

Juana I de España quiso pues reinar y reinó durante casi 40 años, desde 1518 hasta 1555, no sola, como disponía el individualismo moderno, sino en relación con su hijo Carlos I. Tanto es así que cuando Juana I murió en 1555, a los 75 años de edad, su hijo, que tenía 55, anunció solemnemente en Bruselas, unos meses después, su inminente abdicación, que completó al año siguiente. Por tanto, Carlos I o V, que moriría en Cuacos de Yuste tres años después, no reinó prácticamente nunca en España sin su madre. La leyenda de la locura de amor tapa también esto. Y no es casualidad que Carlos llamara Felipe a su hijo, el futuro Felipe II, que sería el primer monarca absoluto del patriarcado moderno: lo llamó por su propio padre, Felipe el Hermoso, el marido de Juana, quien, sin mejor motivo que su ser hombre, había usurpado por unos días a Juana la Corona de Castilla al morir Isabel la Católica. Carlos instaló así su genealogía masculina patriarcal en una usurpación, la usurpación de la potencia y de la autoridad de la madre: algo muy propio de la modernidad.

En el feminismo del último tercio del siglo XX, la filósofa de la diferencia sexual Luce Irigaray reanudó la genealogía del saber político femenino de Juana I con una propuesta de medidas legislativas, ahora democráticas, muy revolucionarias en términos de sentido. Apoyada por algunos grupos de izquierda, llevó al Parlamento Europeo su propuesta de derechos sexuados. Consistía en que cada cargo electo de Europa fuera ejercido conjuntamente por un hombre y una mujer, teniendo cada cual todo el poder. El Parlamento europeo lo rechazó porque no le cupo en la cabeza: no lo pudo entender, como de Gaulle no había entendido en su día la propuesta de Simone Weil de un cuerpo de enfermeras de primera línea que, con su mera presencia, mostraran la insensatez de la guerra. Europa había perdido en el siglo XX el sentido femenino del misterio que Juana I todavía tenía, y muy vivo. Hoy creo que lo estamos recuperando y volvemos a entender a la reina Juana. Hemos aprendido otra vez que el misterio está para inspirar y para vivirlo, no para ser reducido a la lógica por mentes esquemáticas.

Muchas gracias.